



Agnódice y el mito de las amazonas

ADELA MUÑOZ PÁEZ

Aunque desde tiempos ancestrales las mujeres han sido las guardianas de la sabiduría referente a las plantas curativas, durante milenios se les ha prohibido ejercer la medicina, privando a todos de una gran parte del conocimiento.

La mitología griega clásica estaba llena de diosas tan rutilantes como Palas Atenea, patrona de Atenas y símbolo de la sabiduría, a la cual se atribuían inventos tan portentosos y variados como el arado, los números y la flauta o la doma de los caballos. Además estaban Afrodita, la diosa del amor, la belleza y la lujuria, e Higía y Panacea, las hijas de Asclepio, diosas de la salud, entre otras muchas. En contraste, la actividad de las mujeres en el periodo de máximo esplendor de las polis griegas, en torno al siglo IV a. de C., se limitaba al ámbito doméstico: no podían tener posesiones, les estaba prohibido el ejercicio de la mayor parte de las profesiones y no tenían potestad sobre sus hijos. Y es que, en la Grecia inventora de la democracia, la inmensa mayoría de sus habitantes —los extranjeros, los esclavos y las mujeres de toda condición— no tenían el estatus de ciudadanos y, por tanto, no podían participar en el gobierno de la ciudad ni en la elaboración de las leyes, una de las cuales condenaba a muerte a las mujeres que osaran ejercer la medicina.

Sin embargo, esa situación no había sido siempre así. Más bien al contrario, desde la prehistoria las mujeres habían sido las en-

cargadas de buscar y recoger las plantas que servían de alimento y también las medicinales, aprendiendo a usarlas para curar enfermedades. Ellas habían sido también las encargadas de ayudar a otras mujeres en el difícil y peligroso trance del parto. Pero con la llegada de Hipócrates, en la Grecia clásica, y la institucionalización de la medicina, las mujeres fueron excluidas de su ejercicio. Poco después llegaría la afirmación de Aristóteles de que la mujer era un “varón deformado” que, aunque carecía de fundamento, relegó a la mujer a un papel secundario en el que permanecería durante milenios. Los atributos de las diosas que habitaban el Olimpo no eran sino el recuerdo de los gloriosos tiempos pasados en los que las mujeres eran envidiadas por los hombres por sus conocimientos y habilidades y por su capacidad para generar vida.

AGNÓDICE SE CORTÓ EL CABELLO Y SE DISFRAZÓ DE HOMBRE PARA PODER ESTUDIAR MEDICINA EN ALEJANDRÍA

De la rebelión ante la situación que las privó de los derechos más elementales nació el mito de las amazonas, mujeres intrépidas que se hacían cortar el pecho derecho para poder manejar el arco con mayor destreza en sus batallas contra sus enemigos, los guerreros hombres, por lo que eran llamadas por Herodoto *andróctonas*, o asesinas de varones. Otra forma de desafiar a sus opositores era infiltrarse entre ellos. Es lo que hizo Agnódice, que se disfrazó de hombre para aprender y ejercer la medicina.

Según nos cuenta el historiador Higino (siglo I a. de C.), Agnódice, que debió vivir en torno al año 300 a. de C., deseaba aprender medicina. Animada por su padre, se cortó el cabello y, vistiendo ropas de hombre, viajó a Alejandría para entrar como discípulo en la famosa escuela de Herófilo, dedicándose fundamentalmente al estudio de la ginecología. Al terminar sus estudios, un día escuchó a una parturienta llorando y acudió a socorrerla. La mujer pensó que era un hombre y rehusó su ayuda, pero al levantarse Agnódice sus ropas revelando su condición de mujer, la otra le permitió tratarla. Según nos sigue contando Higino, pronto todas las atenienses pidieron ser atendidas por el nuevo “médico”. Cuando los otros médicos se percataron de que ninguna mujer quería sus servicios, acusaron a Agnódice de seducirlas y a las mujeres de fingirse enfermas para que Agnódice las visitara. Para escapar de tal acusación, durante el juicio, Agnódice reveló su condición femenina desnudándose ante los jueces. Pero entonces fue condenada a muerte por violar la ley. Las mujeres de los líderes se rebelaron diciendo: “No sois nuestros esposos, sino nuestros enemigos, ya que condenáis a la que nos trajo salud.”

Entonces los atenienses cambiaron la ley permitiendo que las mujeres estudiaran medicina y recibieran un estipendio por el ejercicio de la misma, aunque debían limitarse a la atención a otras mujeres. A raíz de este re-



lato, a Agnódice se la consideró durante muchos siglos la primera ginecóloga. Sin embargo, los historiadores de hoy día se inclinan más bien a considerarla un mito más que un personaje real. El final feliz del relato de Higino tampoco parece ajustarse mucho a la realidad, porque las mujeres griegas no salieron del gineceo y, posteriormente, las matronas romanas fueron recluidas aún más firmemente en él. No obstante, tanto unas como otras siguieron trabajando como comadronas de forma más o menos clandestina. Las cosas siguieron empeorando para las mujeres. Con el tiempo y el auge de las religiones basadas en la Biblia, las mujeres fueron expulsadas incluso de los panteones de los dioses.

Han tenido que pasar más de dos mil años para que, en una parte del mundo, las mujeres hayan vuelto a realizar algunas de las tareas que en su día se atribuyeron a las diosas griegas. Sirva la historia de Agnódice para recordarnos que ninguna conquista es definitiva y que sólo un ejército alerta y bien adiestrado es capaz de mantener el territorio conquistado, como dolorosamente tuvieron ocasión de comprobar las amazonas. ■

.....
Adela Muñoz Páez es catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla. Desde noviembre de 2008 tiene la página web hypatia.es, que recoge información sobre mujeres científicas de todos los tiempos, tema sobre el que da cursos y charlas y publica artículos de divulgación.